

Si 6092

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

44

Ricardo Darquea Granda

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1965



E861.4

si6092

mlh 141274 (waf)



E 805
U 48 P
Si 6092

RICARDO DARQUEA GRANDA

Un claro amor por la tierra natal, un dulce y apasionado amor por la tierra natal, un amor en di-
fanidades que bendice la tierra natal...

Ricardo Darquea Granda canta a Cuenca en el metro encariñado de la copla, le dice al oído delicado galan-
terías, requiebros, cariciosas palabras, como se dice a la muchacha enamorada que espera los poe-
mas como besos antes de los besos...

La voz de este Poeta tiene la misma suave dul-
zura de los florecimientos de la tierra natal... Puede encontrársela igualmente en las vertientes recién ama-
necidas de la Alameda o en los primeros vuelos de las aves madrugadoras que anuncian el sol cuencano
en coros claros... Puede igualmente encontrársela en el murmurio de nuestros ríos, cuando la noche man-
sa les puebla de estrellas que les cuentan cuentos de hadas para que sueñen mucho más, mucho más to-
davía...

Esta voz cariciosa y pura, esta voz mansamente cuencana, esta cuencana voz tiene un aroma transpa-
rente, el mismo aroma de las retamas, de esos corazones mínimos que vigilan sólo en fragancia todos nues-

2012-02-07

1.00

tros caminos, esos pedacitos de sol cuencano que se quedaron bordeando los caminos para decir fragancia hacia las inefables distancias...

Esta poesía tiene la misma dulcedumbre cuencana, la misma manera de ser cuencana, el propio espíritu de la muchacha encantadoramente sonreída, alma cuencana, que viene en cada aurora desde las lomas vecinales, con la melena llena de flores, con los ojos llenos de trinos, con los labios besados de mora, con el traje húmedo de rocío de los cielos y gotas de los ríos, con los pequeños pies desnudos besadores de mentas, albahacas y flores florecidas por el milagro de las hierbabuenas o intuídas finamente en lo sensible de las hierbaluisas... Esta poesía llega así, cordialmente cordial, siendo sueño cuencano con pupilas de amor...

Este Poeta de las galanterías transparentes para Cuenca tiene su voz bellamente cuencana en la presencia, cuando es su vida al amor de la tierra natal, y finamente cuencanizada de nostalgias cuando la distancia le detiene sólo en el alma la imagen de la tierra natal... Canta nuestros tipos populares, nuestros barrios, nuestras flores, la luz que se enreda en los capulíes en sazón, la claridad de la luna que se queda mansamente sobre los tejados familiares amables y amados... A veces, como la goterita de agua que dice nostalgias suaves, siente también la tristeza de la lejanía pura, en agua que borda y deslie bella tristeza en el decir...

Este Poeta que se ha enamorado de la tierra natal... Pero, y qué Poeta cuencano de verdad Poeta no se enamora de esta bendita tierra de Dios?... Y

qué cuencano no quiere ser Poeta para enamorarse más enamoradamente de la tierra natal?...

Hasta en su emocionario más íntimo, Ricardo Darquea Granda sigue siendo cuencano... Porque existe, ciertamente, una esencial y pura voz cuencana, una manera muy cuencana de sentir... Ni qué decir de la expresión: el idioma cuencano tiene su diccionario en los ríos cuencanos, en las arboledas cuencanas, en los diáfanos horizontes cuencanos...

Este Poeta cuencano tan cuencano... Este Poeta enamorado de su Cuenca natal... Este Poeta cuya voz dulcemente familiar tiene la intimidad de la tierra en que, gracias a Dios y al Destino, pudimos ver la luz...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

RICARDO DARQUEA GRANDA

LUNA CREPUSCULAR

Y fue esa tarde, cuando el sol se hundía
tras la lejana y solitaria sierra,
que en éxtasis de ensueño me decía:
cuán hermosa es la tarde en nuestra tierra...

De los follajes trémulos surgía
un cántico de amor en dulce coro,
y la luz en poniente parecía
una flotante cabellera de oro.

Se esfumaba el paisaje lentamente,
y en el confin la luna aparecía,
como una virgen pálida y doliente...

Nivea Julieta de Romeo ausente
que, desde su balcón, le despedía
con un beso de luz sobre la frente...

EN EL TEMPLO

Resplandecía el templo a los fulgores
trémulos de policromas bujías;
en el Coro el harmonio y los cantores
poblaban el santuario de armonías.

Y allá, tras de las rejas que velaban
las cortinas con sombras de misterio,
se oía de las monjas que rezaban
el murmullo doliente del Salterio.

Ella, entre la penumbra funeraria,
dejando al fin el libro que leía,
miróme al arbol de sus sonrojos...

Las monjas continuaron la plegaria;
y, mientras el altar resplandecía,
se inundaron de lágrimas sus ojos!

FILOSOFIA

Oh! este tenaz fastidio que dura con la vida:
siempre las mismas cosas y las mismas escenas,
sabiendo que tenemos la sed inextinguida
de apurar otros goces y saber de otras penas.

Bendito el dulce ensueño que nos lleva al distante
país, donde encontramos lo bello y lo ideal;
lo que olvidar nos hace, tal vez, por un instante
todo el éxodo amargo de esta vida fatal.

Y alejados de todas las miserias humanas,
vivimos del encanto de esas dichas lejanas,
llevando dentro el alma la azul inmensidad...

Pero, ay! pasan las horas de ese fugaz delirio,
y tan sólo nos queda, para eterno martirio,
la sonrisa sarcástica de la cruel Realidad...

LA TRAGEDIA DE LUZ EN EL SANTUARIO

Allá, al fondo sombrío del altar enlutado,
que inspira hondas tristezas al alma en oración,
brilla en un vaso rojo, junto al Cristo enclavado,
una luz que parece morir de inacción.

Se oye el rumor del rezo, entre los graves sonos
del órgano vetusto que gime sin cesar;
y las flores enfermas, en los grises jarrones,
se inmolan silenciosas perfumando el altar.

Una voz en el Coro interrumpe el misterio
con las lúgubres notas de fúnebre salterio,
que temblorosas vibran con eco sepulcral.

Y allá, al fondo sombrío del altar enlutado,
la luz que agonizaba junto al Cristo enclavado
al fin muere en el fondo del vaso de cristal...

ANHELO FINAL

Oh!, si a pesar de todo yo pudiera
en el silencio de una noche oscura,
emprender una senda a la ventura
con toda mi aflicción por compañera.

Y caminar con rumbo hacia la arcana
linde, en que el sol apaga sus fulgores;
y en esa eterna noche, noche hermana,
entregarme al placer de mis dolores.

Luego, haciendo de mi alma una elegía,
en brazos de mi gran melancolía,
la amargura cantar de lo vivido.

Hasta que al fin, la Muerte, dulce y buena,
con su beso glacial mate mi pena
y me hunda en el misterio y el olvido...

CUENCA: PAISAJE Y ARMONIA

Cuenca fue Reina desde el Incario
porque lo quiso su Dios así,
cuando su frente cñió de lauros
y de guirnaldas de capulí.

Guardan su valle siete colinas
que Primavera viste de luz,
mientras aroman los amancayes
en homenaje de alguna Cruz.

Sus alboradas y atardeceres
son como efluvios de una oración:
es que en el ritmo de las campanas
se va latiendo su corazón.

Cielos de flores son sus campiñas;
jardín de estrellas su cielo azul;
y hasta en la cima de los collados
ondula al viento trigo garzul.

Hechas de paja, como los nidos,
se ven las chozas junto al maizal,
en las que, alegre, todas las tardes,
de vuelta al nido canta el turpial.

Juglar de ríos, el Tomebamba
le dice coplas de oro y cristal,

que los jilgueros musicalizan
en sus atriles del saucedal.

Rosas, claveles y margaritas,
bajo el embrujo de un signo astral,
hicieron, juntos, de las cuencanas
todo un milagro primaveral.

* * *

Cuenca es la tierra de la armonía:
sueña en las notas del rondador;
liras y quenás cantan sus glorias,
los cuatro ríos la hablan de amor.

De los geranios y la retama,
flores criollas de su heredad,
son —grana y oro— los dos colores
de los blasones de mi ciudad.

Lirio del valle de Paucarbamba,
que se abre al cielo del Ecuador,
es Cuenca de Indias, la Castellana,
lira con alma de rondador.

Heroica y noble: de Huayna Cápac
heredó el fuego de su valor;
y su abolengo de española
de Gil Ramírez, su fundador.

En cuatro siglos de hazaña y gloria
a la vanguardia siempre marchó;
y a los embates del despotismo
su augusta frente nunca inclinó.

Así es mi Cuenca: nido en los Andes
de alas que vuelan con rumbo al Sol,

que el Héroe Niño prendió en Pichincha
para el eclipse del español.

Cuenca es bandera de libertades
porque lo quiso su Dios así,
cuando su frente ciñó de lauros
y de guirnaldas de capuli.

EL POEMA DEL SILENCIO

Ya todo ha quedado en silencio;
ya todas las voces que fueron
rumor de alegría,
dulzura de vida
y amor de esperanza,
Señor, han callado!
Y si alguien perturba la calma
sombria y extraña de la casa triste,
la voz que se escucha
tiene algo de queja, suspiro y sollozo,
tiene algo de tumba y plegaria ...

Las voces del coro de niños,
que siempre se oían, risueñas y alegres,
como cascabeles de una Navidad,
hoy son tan dolientes, tan tristes,
como esas que saben decir las campanas
que doblan a muerto,
como esas que rompen la paz de los templos
en los días negros de los cementerios ...
Ya todo ha quedado en silencio ...
Ya todo ha callado! ...

La Muerte!
Es la Muerte que ha días pasó por la casa,
tronchando ilusiones,
matando esperanzas,
agostando flores
y sembrando espinas
en todos los seres y en todas las cosas ...

La Muerte pasó por la casa,
pasó con su corte de desolaciones...
Y todo ha quedado en silencio...
Y todo ha callado!

Desde ese fatidico día,
a la hora en que extiende la Noche sus alas de sombra,
los niños escuchan extraños rumores
y miran fantasmas que dejan
angustia infinita en los ojos
y frio letal en las almas.
En vano les dicen
que no es sino el viento que pasa,
que no es sino el trágico grito
que lanzan cruzando las sombras
los buhos errantes...

Con voz toda llena de tiernos reclamos
recemos, recemos —les dice a los niños
la dulce hermanita
de los ojos tristes y las manos pálidas...
Y todos, al pie de sus lechos,
se postran de hinojos,
levantan al cielo los rostros bañados en llanto
y, en févidas preces,
que saben tan sólo los niños,
a Dios y a la Virgen María
impetran, llorando,
que salven el alma del padre querido
y guarden la vida de la que es para ellos
el único amparo:
la madre adorada...

Y sólo esos breves momentos
el hondo silencio de la casa triste
se cambia en rumor de plegarias
que Dios y la Virgen María
devuelven en suave rocío de lágrimas!...

RONDADOR

Rondador de carrizos que cultivé en la orilla
del río Tomebamba, que va por mi heredad;
el de notas que evocan cantares de la trilla;
los cármenes que enmarcan de flores mi Ciudad.

En ti aprendí de niño los tristes yaravies
que entonaban mi padre y el viejo mayoral,
cada vez que en las frondas de nuestros capulies
trinaban, en las tardes, el tordo y el turpial.

Para esas notas tuyas, que nunca di al olvido,
a pesar de las muchas sendas que he recorrido
y en las que en cruz de lágrimas me enclavara el Dolor,

hoy, como aquellas tardes, en que escuché tus sonos
escribo en estas páginas mis últimas canciones
a que tu alma y la mía las canten, Rondador!...

CUENCA DEL ECUADOR

La gloria en fiesta de lirás
siega todos los laureles,
mientras en bronce o en mármol
divinizan los pinceles.

La Música, en dulces notas,
canta himnos y pastorelas;
y se inspiran los pinceles
en óleos y en acuarelas.

Arriba, un cielo de estrellas,
abajo, un cielo de flores;
nubes que de oro se visten,
ríos que cántanle amores.

Todo por Cuenca, la Grande,
Ciudad de Paz y de Luz
que, haciendo honor a su Escudo,
primero exalta a la Cruz.

Por ella, ufana, la Patria,
con dulzura maternal,
besa su frente y le aclama
la más noble y más leal.

Cuenca, mi tierra nativa,
alma y corazón en flor,
que, de América, en los Andes
es Cuenca del Ecuador.



EL ALBA

El Sol, señor de luceros
y señor de los colores,
pinta bellas acuarelas
en el cielo y los alcores.

Con sus mantillas bordadas
de rocío y de neblinas,
en torno al valle de Cuenca
se alzan alegres colinas.

Como acordes de una orquesta,
se oye en los huertos y aleros,
el canto de los turpiales
y el trinar de los jilgueros.

En la ciudad que despierta
al primer fulgor del día,
surge la Vida hecha ritmo
de trabajo y alegría.

Y a la voz que de la Iglesia
de Turi da la campana,
va el Tomebamba rezando
la oración de la mañana...

BARRIOS DE CUENCA

Linda es mi tierra nativa,
por eso la quiero así:
con sus campos florecidos
de retama y capulí.

Sus barrios cuentan leyendas
de heroicos lances de honor:
por unos ojos morenos,
por unos labios en flor.

Consejas de almas que vienen
en las noches a rondar,
alguna reja olvidada
que fué de amor un altar...

Barrios de Cuenca, que tienen
de criollo y de español,
en los que todos los días
pinta "caprichos" el Sol.

Barrios del Chorro y del Vado,
Todos Santos y San Blas,
del Vecino y de San Roque,
Juana de Oro y otros más.

Cada cual es una página
de su pasado vivir,

escrita para memoria
de los tiempos por venir.

Linda es mi tierra cuencana,
cada vez más linda así:
española en sus claveles,
criolla en su capulí

EVOCACION NOCTURNA

Cuenca, en las noches de luna,
de estrellas y de oración,
es aúrulos... serenatas
y un nido cada balcón.

A su luz, entre capullos
de geranio y amancay,
con el Tarqui van cantando
Tomebamba y Yanuncay.

Mientras, allá, en la Colina
que al pie de Turi se ve,
vela la Virgen de Bronce,
como un faro de la Fe.

Noches que guardan recuerdos
imborrables del ayer,
de ilusiones que murieron
con el nuevo amanecer.

Cuántas veces a la sombra
discreta de algún balcón,
en un manojo de flores
dejamos el corazón.

En tanto, hasta Ellas volaban
los versos de este cantar:
"Palomita de mi huerto,
de ojos de dulce mirar..."

Serenatas de esos tiempos
de versos, flores, canción:
alegría de guitarras
y sollozos de acordeón.

El evocarles, ahora,
con un rictus de dolor,
es como ir despetalando
de nuestra vida la flor

Noches floridas de estrellas,
con nostalgias de laúd,
que se hudieron en la sombra
al irse la juventud...

CHOLA CUENCANA

ALMA DE ESPAÑA

Chola cuencana, mi chola,
capullito de amancay,
en tí cantan y en tí rien
las aguas del Yanuncay.

Eres españa que vive
en Cuenca del Ecuador,
conreir de castañuelas
y llanto de rondador.

Con tu donaire y majeza
evocas Andalucía;
pero en todos tus sentires
florece la cuencania.

Hay en tu cara morena
frescura de amanecer;
y el sol quisiera en tus ojos
cada día atardecer.

Guitarras y castañuelas
concertina y rondador:
alma de España que vive
en Cuenca del Ecuador...

CUANDO TE BESA EL SOL

Es de verte los Domingos
toda besada de sol,
ostentando coquetona,
los zapatos de charol.

Bien trenzados los cabellos
con cintas azul o grana,
y hasta el hombro los zarcillos
de perlas y filigrana.

Sobre la polca de seda
abierto el paño a que vean
cómo apresas dos palomas
que, inquietantes, aletean.

El bolsicón de merino
que levantas al andar,
a que el ucunchi bordado
todos puedan admirar.

Lo blanco de tu sombrero
de fina paja toquilla,
hace a tu cara morena
flor de gracia y maravilla.

Y es por eso que de noche
cuando la Luna te ve,
parece enviarte en los besos
de sus luces un ¡olé!

A LA LUMBRE DEL HOGAR

Hacendosa como todas
las de mi valle natal,
eres siempre la primera
que ve la luz matinal.

Apenas cantan los mirlos
y aroma la manzanilla,
tú también, cantando, empiezas
un sombrero de toquilla.

Cuando, a las seis, las campanas
llaman a un mismo compás,
con las "niñas" vas a Misa
de San Alfonso o San Blas.

La tarde, en fin, te sorprende
al alegre campanear
de tu corazón casero
en el diario trajinar.

Y en tanto que la abuelita
el Rosario hace rezar,
sigues tejiendo el sombrero
a la lumbre del hogar...

ARPA Y CASCABEL

En los pases navideños
para las misas del Niño,
luciendo postura nueva
y evocando algún cariño,

llevas en urna de plata,
entre zahumerios y flores,
a Jesús, recién nacido
entre Réyes y pastores.

Con sus típicos disfraces
los niños te hacen corrillo,
para ir tendiendo a tu paso,
como una alfombra, el chagrillo.

Eres tú la que a la "Banda"
animas con tu sonrisa,
a que toquen los más lindos
tonos del Niño en la Misa.

Y en la fiesta navideña
eres arpa y cascabel,
y es incendio cuando bailas
tu saya rosaclavel...

CONFIDENCIA DE AMOR

Si de amor un desengaño
te entristece el corazón,
llorando a tu Morenica
le pides consolación.

"Morenica del Rosario"
le llamas con grande amor,
como, así, la llamo un día
tu Poeta y tu Cantor.

—"Morenica, mi vecina",
cuencanita, como yo,
Tú sabes que él, sin motivo,
mi cariño mal pagó...—

Ella escucha tu plegaria
y, sonriendo, te mira,
quién sabe si por tu pena
la Morenica suspira...

Y a sus pies, rosas y lirios,
en apretados manojos,
le dejas humedecidos
del rocío de tus ojos...

SEPTENARIO

Septenario... Corpus Cristi,
la fiesta tradicional...
Alegrias de campanas
de la vieja Catedral.

Música, flores, incienso
y mil globos de papel
que, entre cascadas de luces
suben, jugando, en tropel.

"Dulces de Corpus", los dulces
tú ofreces llena de afán;
y sonries escuchando
los piropos de un galán.

Alegre, junto a las mesas
que arreglaste en el portal,
vendes los dulces de Corpus
en platillos de cristal.

Con las últimas bengalas
del "castillo" artificial,
las campanas enmudecen
de la vieja Catedral...

ROSA Y CAPULI

No sé cuál tenga más gracias,
más atractivos y encantos,
si la chola de San Roque,
del Vecino o Todos Santos.

Todas son lindas y tienen
orgullo de ser así;
como el rosal de sus rosas,
de su flor el capuli.

Alegres y sonrientes,
como caricias de sol:
amor que canta en las rejas,
beso que se hace arrebol.

Todas sueñan sus quereres
a su manera sencilla,
mientras tejen para el Jueves
el sombrero de toquilla.

Aman la tierra nativa
porque, como ella, no hay dos:
con sus jardines y ríos
y, en su cielo, el propio Dios...

BOTONCITO DE AMANCAY

Chola cuencana, mi chola,
botoncito de amancay,
en ti cantan sus idillos
las aguas del Yanuncay.

Si en tus ojos cada día
quiere el sol atardecer,
en tus labios los claveles
bien quisieran florecer.

De mi tierra eres orgullo,
porque ella se mira en ti,
como el rosal en sus rosas
y en su flor el capuli.

Que nunca, nunca nos falte
de tu gracia el bello don:
luciendo polca de seda,
pañó largo y bolsicón.

Y si algún día de Cuenca
te va robando un querer,
yo sé que tarde o temprano,
asimismo has de volver...

VICTOR SACOTO CASTRO

CON EL PUENTE DEL VADO

El alma del viejo Puente
con la de él hizo amistad:
la una emigró en el Río
y la otra a la Eternidad...

Las dos almas se entendieron
en lo amargo del vivir;
y acaso soñaron juntas,
muchas veces en morir...

Y contemplando la fuga
de las aguas que pasaban,
su tristeza y la tristeza
de esas aguas dialogaban.

Las sombras en soledad
que Río y Puente envolvían,
turbaban sólo el murmullo
de dos voces que decían:

—Mis suspiros y tus ondas
no sé, al fin, a dónde van:
las borrascas y el olvido
¿a dónde los llevarán?

—Mis ondas son viajeras
que, en constante caminar,
vienen del cielo y las cumbres
y van camino del mar...

LA ERRANZA

A los anhelos de erranza
que en su pensar florecían,
los caminos, como brazos
compasivos se le abrían.

Y del hogar enlutado
se alejó un día cualquiera,
sintiendo en su alma la angustia
de la muerta primavera.

Se fue camino adelante
con sus sueños por avío,
como, llevándose el cielo,
se van las ondas del río.

Se fué pensando en la madre
que, abandonada a la pena,
se quedaba sin consuelo
"en una vivienda ajena".

Así, cantando a la Vida,
a la Miseria, al Amor,
de su erranza hizo un calvario
y una cruz de su dolor...

EL RETORNO

Cuando cansado y enfermo
volvió a la tierra nativa,
de su hogar, entre las ruinas,
fue una flor de sensitiva.

Y era su alma en los momentos
de abandono y desventura
"como aire de una guitarra"
pulsada por la Amargura.

Con el oro de su pena
siempre quiso consolar
la pena de sus hermanos
en el vivir y el llorar;

pues, como ellos, deambulaba
ostentando, sin sonrojos,
"la pobreza en el vestido"
y "una lágrima en los ojos".

Cuando a solas en la noche
era su voz un lamento,
"cantando entraba la luna
hasta su triste aposento".

Y era la luz que llegaba
hasta su misera mesa,
"alumbrado de poetas",
caridad a su pobreza.

VIAJE FINAL

Siempre triste y resignado
con su suerte, porque sí,
vivió el trágico motivo
del pasillo o yaravi.

Escribió bellos poemas,
como quien canta un cantar,
para, luego, recitarlos
en la calle o en el bar.

Así apuró en toda copa
la Vida, en ansia de olvido,
hasta que, como una copa
de cristal, cayó vencido...

Y como el alma del Puente
que con él hizo amistad,
por el Río de la Muerte
emigró a la Eternidad...

(Los versos entre comillas son tomados de
los Poemas que escribió Sacoto Castro).

LA NIÑA DE LA CALLE LARGA

I

En una casa de paredes viejas,
rendida por los siglos que ha vivido,
con su ventana de vetustas rejas
que parece habitada del Olvido;

En esa casa, colonial y triste,
de la ventana lúgubre y ruinosa,
en esa casa existe
la niña rubia, angelical y hermosa.

Todas las tardes, cuando el sol declina,
con misterioso anhelo
asómase al balcón, mira la esquina,

y al verla, a su pesar, tan solitaria,
alza los ojos y mirando al cielo
murmura por su amor una plegaria...

II

Todos los días, a la misma hora,
cuando sonríe el sol de la mañana,
y va al templo la gente rezadora
a la primera voz de la campana,

se abre la puerta, conventual y añeja,
y detrás de su tío octogenario,
sale la niña de la casa vieja
con el libro de misa y el rosario.

Y paso a paso, sin decirse nada,
entran al templo, póstranse de hinojos
y unen su voz al matutino rezo...

Se acerca a comulgar, ruborizada,
y es la hostia blanca entre sus labios rojos,
rayo de luna entre claveles preso.

III

Es de noche. La luna, dulcemente,
alumbra la ciudad... Pasan las rondas...
Una campana dobla tristemente
y gime el viento en las cercanas frondas.

La niña de la casa desolada
contempla de la luna los fulgores,
mientras besan su frente inmaculada
de un viejo macetón las rojas flores.

Allá, por la calleja abandonada,
Pierrot, con su doliente mandolina,
toca una serenata a su adorada...

La niña, suspirando, ve la esquina
y tiembla emocionada
al pensar: Si yo fuera Colombina!...

EL CRISTO DE VELEZ

Lo conocí cuando niño, ...
ya muerto sobre la Cruz,
y senti mi alma en los ojos
hecha lágrima de luz.

Era su luz que, en las sombras
del dolor que me afligía,
en promesa de consuelo,
dentro mi alma, amanecía.

En la pálida belleza
de su rostro lacerado,
había un halo divino
del martirio consumado.

Por su frente descendían
gruesas gotas purpurinas:
eran lágrimas de sangre
que lloraban las espinas...

Y supe que aún cuando muertos
—por ser dulces y serenos—
tenía el Cielo en los cielos
de sus ojos nazarenos;

que sus brazos enclavados
se abrían para el perdón

de todos los que le hirieron
muy hondo en el corazón;

que sus manos paternas
fueron caricias en flor
para los niños, las flores
predilectas de su amor;

que sus pies nunca supieron
de cansancios, por el bien;
que les besaron los Reyes
y los pastores también.

* * *

No lo olvido y, desde entonces,
ante El me postro de hinojos
cada vez que una amargura
se hace lágrima en mis ojos.

Y en tanto que yo le imploro
consolaciones divinas,
veo que siguen llorando
con mi llanto las espinas...

EL CRISTO DE LA RESIGNACION

Escultura del Maestro cuencano Daniel S.
Alvarado.

Y me postré a sus pies... Era qué bella
y dulce su resignación cristiana
que, de hacerse palabras la querella,
dijera así a la ingratitud humana:

—Si vuestro fallo, hermanos, ha querido
que como un pecador sea juzgado,
perdonadme que os haya redimido
y que, por vuestro amor, esté enclavado!...

En sus ojos hermosos y serenos,
azules, cual los cielos nazarenos,
y en sus labios que siguen perdonando,

era tan hondo su dolor sin nombre
que sólo pude comprender pensando
que Dios lloraba con sus ojos de hombre!...

EN EL PARAMO

Adoro la tristeza del páramo sombrío
que copia de mi pena la oscura inmensidad,
porque creo que el alma de lo que tiene frío
es el alma que tiene también mi soledad.

Me conmueve el mugido de los toros salvajes
que resuena en las quiebras con solemne clamor;
el silencio que llora de ausencia en los paisajes,
cuando el sol se despide tras el último alcor.

Y mientras la neblina, con vaporosos tules,
envuelve las colinas y los cielos azules,
en el hondo misterio de la tarde otoñal,

siento ansias de ser todo lo que es el infinito,
de lanzar a los cielos de mi ansiedad el grito
y morir con la tarde soñando en mi ideal...

ROMANZA DEL SOMBRERO DE PAJA TOQUILLA

I

Esbelto, flexible y hermoso,
así lo tejieron sus manos,
tan finas, tan blancas,
con esa blancura que luce
la paja toquilla.
Mi viejo sombrero
fue el pobre regalo que me hizo
cuando era mi novia:
si más no tenía que darme
mi Rosa María!

Ay! cómo la sueña y evoca
esta alma que tanto la quiso,
esta alma que siempre,
cuando la recuerda,
me sube a los ojos
en ola de lágrimas...

II

Allá, en el florido recodo del valle
que besan las aguas del río nativo
y en medio de un bosque de sauces
y de capulíes,

se alzaba su blanca casita
que, vista de la alta colina de Turi,
era como un remanso de luna
perdido en las frondas...

Cada vez que a su lado acudia,
por verla y decirle mis cuitas,
—¡y cómo en mi vida
y cómo en mis ojos y dentro del pecho
su imagen vivía!—
a la sombra del sauce la hallaba
o al tímido albor de la luna,
tejiendo y tejiendo
su blanco toquilla,
con esas sus manos tan finas,
con esas sus manos benditas...

Qué anhelos de dicha sentía!
qué ensueños de amor me forjaba
en tanto sus dedos seguían
tejiendo y tejiendo
las pajas flexibles y blancas,
que a veces rociaba con agua del cielo
y a veces con esa que a gotas caía
de sus ojos negros...

Un día, de tarde,
toda ella encendida en rubores,
con voz que tenía dulzura de ruego,
—Juanucho, me dijo:
pensando que ya se aproxima
la fecha de nuestro casorio,
me he puesto a tejer este fino sombrero:
será mi regalo de bodas,
¡mi pobre regalo!
Bien sabes, Juanucho, bien sabes
que yo nada tengo que dartel...

III

Después... ese mismo sombrero
que de novia tejieron sus manos
para nuestras bodas,
—ay! bodas que nunca llegaron—
se ornó de una roja divisa guerrera
que, llena de pena y temblando,
la puso ella misma,
con esas sus manos tan finas,
con esas sus manos benditas!...

Y en una mañana sombría,
con dianas y cantos guerreros,
los tristes reclutas
dejamos el pueblo
en tanto la vieja campana
unía sus voces dolientes
al llanto de madres, de novias y hermanas
que, desde el recodo postrer del sendero,
batiendo los blancos pañuelos
su adiós nos decían!...

Qué cruenta y qué larga
fue aquella campaña!
y cómo luchamos
y cómo vencimos!
Mas, ay! los laureles de nuestras hazañas
trocándose luego
en flores de duelo y olvido
hinchidas de lágrimas...

De males de pena y ausencia,
de tanto esperar y llorar,
mi Rosa María
murióse una tarde de invierno
a la hora en que el sol tras la sierra

sus lumbres apaga,
y enciende la luna
su luz de tristeza!...

IV

Sombrero, mi viejo sombrero!
qué cosas me dices ahora
que siento su ausencia,
ahora que el alma me sube a los ojos
bañada de lágrimas!...

Sombrero querido,
testigo de todos sus crueles dolores
y mis desengaños,
el sol y la lluvia y el viento
y el polvo de tantos caminos,
de blanco que fuiste
te han vuelto moreno!

Sombrero! Sombrero!
cual llevo en el alma
la herida incurable que me hizo la muerte,
tú llevas al borde del ala
la huella indeleble
que en esa funesta campaña
dejara una bala traidora!

Sombrero! Sombrero
Si en la ánfora rubia
que puso en las manos divinas
la Samaritana,
calmó de su sed los ardores
el dulce Rabino;
también en tu copa de paja,
que un día tejieron sus manos,

mi sed aplaqué con el agua
que me dió el camino
y con la agua que, por su recuerdo,
mis ojos vertían...

Pero, ay! en esa agua que tú me ofrecias,
mis labios sentian
el mismo sabor de sus lágrimas,
mientras en las linfas
que ansioso apuraba,
veíala a ella
como esa mañana de la despedida,
diciéndome adioses!...

Sombrero, mi viejo sombrero!
que un día tejieron sus manos
soñando en las dichas nupciales
al tímido albor de la luna,
ahora sólo eres
—al par que tu dueño—
un triste despojo
echado al olvido de un mísero cofre
que, como si fuera una tumba,
te oculta en su fondo sombrío,
cubierto del velo de mi novia muerta
y junto a su blanca corona de azahares!...

Sólo tú de sus manos supiste
las suaves caricias;
sólo tú de su pecho sentiste
brotar el sollozo.
Si aún creo que guardan tus pajas morenas
secretos de castos amores,
vehemencias de dichas truncadas,
anhelos de besos no dados,
calor de suspiros y lágrimas,
de aquellas que sólo derraman
los ojos que amaron,

de aquellas que sólo la pena y la muerte
arrancan del fondo del alma!...

Reliquia adorada,
mi viejo sombrero!
ni el sol, ni la lluvia, ni el viento,
ni el polvo de nuevos caminos
te harán más moreno!...



NENA

Nena, Nena, eres tan bella
y hay en ti tantos halagos
que si te vieran los Magos
te proclamaran su estrella.

No te asomes al balcón;
de los Reyes tengo celos;
no vayan, en sus anhelos,
a robarte el corazón.

Ven, y pasemos las horas
aquí, junto al Nacimiento.
Nena, te contaré el cuento
del Hada de las Auroras.

Y tú me miras, me miras
como sabes tú mirar;
cuando te quiero robar
un beso... ¿por qué suspiras?

No te aflijas que, mañana,
si los Reyes no son malos,
nos dejarán sus regalos
como siempre en la ventana.

Oye el cuento: —Erase un Hada
de hermosura sin igual,

que en un torreón de cristal
la tenían cautivada.

Por ella, cien valerosos
paladines combatieron,
pero jamás consiguieron
ser con ella venturosos.

Así pasaban los años,
y el Hada se consumía,
de tanta melancolía
y de tantos desengaños.

Al fin, dicen que esos cien
guerreros, por ser tan bella,
convirtiéronla en la estrella
de los Magos de Belén...—

Pero, Nena, te has quedado,
oyendo el cuento, dormida;
despierta, Nena querida,
que los Reyes ya han pasado.

Y despertó, como el día,
toda llena de rubores:
era un manojo de flores
que recién amanecía!...

Yo la quedé contemplando
con emoción infinita,
y en mi mano su manita
sentí que estaba temblando.

Con infantil embeleso
yo la estreché dulcemente,
y en los rizos de su frente
dejó mi alma el primer beso...

Me miró... bajó los ojos,
posó en mi hombro la cabeza,
ocultando los sonrojos
que aureolaban su belleza.

Y luego dijo: —Mañana,
si los Reyes no son malos,
nos dejarán sus regalos
a los dos en la ventana—.

Mas, llegó en vano ese día
y pasó la Navidad,
y hoy es luz de mi orfandad
tu recuerdo, Nena mía...

Llorando mis soledades
y añorando lo pasado,
en mis sienes han nevado
no sé cuántas navidades...

JUQUETES PARA JESUS

Cuéntame un cuento de Reyes
Magdalena suplicó;
y, entre mimos, la abuelita
ese cuento le contó:

—Faltaba apenas un día
para el día de Belén;
los Reyes iban de fiesta
y los pastores también.

Les cortejaba una estrella
—una estrella azul turquí—
que, al guiarles, les decía:
“Vengan todos tras de mí”.

Al paso de los camellos
siguieron hacia Belén:
los Reyes con sus regalos
y los pastores también.

Por ese mismo camino,
todo de flores y luz,
iba una niña muy linda
a conocer a Jesús.

Eran negros sus cabellos;
sus ojos... melancolía;

y su boquita un clavel
que en sonrisas florecía.

Al verla pasar los Reyes
le miraban con amor;
los zagales bendecían
a Dios por tanto primor.

Llegó, al fin, la Noche Buena,
noche de ensueños y luz;
y en una cuna de pajas
nació el Divino Jesús.

Y hasta el pesebre llegaron
en caravana de amores:
los Reyes con sus tesoros,
los zagales con sus flores...

Al callar, triste, la anciana,
Magdalena preguntó:
—Dime, abuelita, la niña
qué regalos le ofreció?

—Como supo que eran pobres
del Niño Dios los papás,
le regaló sus más bellas
muñequitas; nada más!...

En Navidad, desde entonces.
por una escala de luz,
trayendo hermosos juguetes,
baja del Cielo, Jesús.

OTRA VEZ LAS CARABELAS

Para ti, Cuenca, tierra mía, el filial homenaje de estas coplas, en el IV Centenario de tu natalicio. Que ellas sean, a la sombra de tus laureles, como un puñado de chagrillo navideño, hecho de las flores que engalanan los cercados en tu Valle.

RONDADORES Y CASTAÑUELAS

España, la Madre España,
y Cuenca, la de Castilla,
nos dieron ha cuatro siglos,
luego de histórica hazaña,
una flor de maravilla:
nuestra Cuenca ecuatoriana.

La fundaron en un Valle
que escoltan siete colinas,
y le cantan cuatro ríos
con sus aguas cristalinas.

Valle en que el Sol del Imperio
que entonces no se ponía,
cambió el Ocaso en Oriente
para hacer eterno el día.

A que forme su Oriflama
y del Blazón los cuarteles,
en real ofrenda, le dieron:
su oro el trigo y la retama,
su luz de plata, la luna
y su sangre, los claveles.

Hecha de cielo y de flores,
surgió Cuenca en Paucarbamba,
al arrullo de las liras
de cristal del Tomebamba.

Y en la corona que hoy ciñe,
es un laurel de la Gloria,
desde entonces, cada página
de los siglos de su Historia.

* * *

Con guitarra y castañuelas,
peina, clavel y mantilla,
por los viejos olivares
viene la luna a las rejas,
para escuchar los cantares
de Cuenca, la de Castilla.

Por dos grandes ojos negros
que iluminan la ventana,
escondida entre sus flores,
preludian, dulces, las queñas
y cantan los ruiseñores
de mi Cuenca ecuatoriana.

OTRA VEZ LAS CARABELAS

Mientras la luna de España
en su mar pinta acuarelas,
rumbo a América, han zarpado
otra vez las carabelas.

Flamean sobre las proras,
a las brisas marineras,
castellanas y andaluzas
las desplegadas banderas.

Y las velas que se agitan
entre las ondas y el cielo,
son alas de blancas plumas
en plenitudes de vuelo.

Con Hurtado de Mendoza,
el Visorrey y guerrero,
viene Gil Ramírez Dávalos,
Capitán y caballero.

No lucen bruñido peto,
escudo, lanza y celada,
ni traen corceles moros
de los campos de Granada.

Ya no comandan las huestes
a nombre de Carlos Quinto,

ni la daga toledana
brilla pendiente del cinto.

Traen, sí, dulces recuerdos
de la tierra americana,
en la que soñaron siempre
con nostalgia castellana.

De hazañas caballerescas
y de triunfos alcanzados;
y de amores y amorios
en el pecho no olvidados.

Visten de gala: chambergo
con plumas de oro y rubí,
blancas gorgueras de encaje,
jubones de carmesí.

Calzas y medias de seda
y elegantes zapatillas,
en las que pone reflejos
el metal de las hebillas.

La capa, desde los hombros
cae en pliegues de bandera,
como el mantón de Manila
cae en la maja torera...

Con Hurtado de Mendoza,
el Visorrey y guerrero,
viene Gil Ramírez Dávalos,
Capitán y caballero,

Vienen a Cuenca, la Reina
de las tierras conquistadas,
a rendirle el homenaje
castizo de sus espadas.

DOCE DE ABRIL

Alegre, el cielo es un manto
azul con nubes de armiño;
y hasta el Padre Sol del Inca
rie, feliz, como un niño.

Los bronces tañen solemnes
en los viejos campanarios,
cual si hablaran con las voces
de los cuatro centenarios.

El eco de las trompetas
rueda en las siete colinas;
y los cuatro ríos cantan
con sus aguas cristalinas.

Por luces brotan estrellas
en cirios y lampadarios;
y es la presencia divina
más divina en los Santuarios.

El latido en cada pecho
es la nota de un cantar,
como el trino de las aves
es orquesta en el pinar.

En la campiña y el huerto,
retamas y capulies,

han tejido una corona
de oro en flor y de rubies.

Al mármol infunden vida
la magia de los cinceles;
y luces del alma, pintan
en el lienzo, los pinceles.

De notas y madrigales,
hacen himnos de armonía,
para cantarle, la Música
con su hermana, Poesía.

Y por la gloria del Arte,
en los cedros y nogales,
inspirados, los escoplos
tallan Cristos inmortales...

Todo por Cuenca, la Grande,
Ciudad de Paz y de Luz,
que, haciendo honor a su lema,
primero exalta a la Cruz.

ROSA OLIVIA

En el jardín del ocaso
murió el sol cual una flor,
mientras los bronceos sagrados
saludaban al Señor.

Yo no sé por qué esa tarde
las campanas parroquiales
en su voz tuvieron notas
de lamentos funerales.

—Campanero de mi pueblo,
tú que sabes de esas cosas,
dime ¿por qué tus campanas
plañeron tan dolorosas?

—Si acaso ignoráis la causa,
señor, yo voy a deciros
por qué mis campanas tienen
acentos como suspiros.

Es que en un día de otoño,
así, como éste, sombrío,
murió, señor, la más linda
muchacha de este natio.

Desde entonces cada tarde
es más brumosa y más fría;

y hay un temblor de sollozos
en toda la serranía...

Rosa Olivia se llamaba:
quince años, no más, tenía,
y fue hermosa por la gracia
de nuestra Virgen María.

Mirar sus ojos azules
era mi único consuelo,
como es hoy, ver en el agua
de la fuente al mismo cielo...

Bajo su blanco sombrero
brillaba su cabellera,
tal un manojito de espigas
al sol de la primavera.

Claveles en flor, sus labios
no sé qué encanto tenían;
lo mismo en la hora de pena,
o si alegres sonreían.

Todos aquí la quisimos,
todos por ella lloramos,
cuando entre lirios y rosas
para siempre la enterramos...

Por eso es que las campanas,
cuando tocan a oración,
tienen acentos tan tristes
como una lamentación...

Explicarlo no podría:
—son éstas cosas arcanas—
Si será que Dios ha dado
también alma a las campanas...?—



Cuando al viejo campanero
la emoción le hizo callar,
por las arrugas del rostro
ví dos lágrimas rodar...

Mientras lloraba su pena
también lloraba en la voz
de aquellas tristes campanas
el alma dada por Dios...

* * *

Rosa Olivia se llamaba,
quince años, no más, tenía,
y era hermosa por la gracia
de nuestra Virgen María...

NOCHE DE BODAS

Maruja, ¿no te acuerdas del tiempo en que era niño
y te ofrendé en capullo la flor de mi cariño
bajo las madre selvas de tu jardín en flor?
Entonces fue mi empeño buscarte mariposas,
vagar por los alcores para llevarte rosas,
creyendo que era mía la dicha de tu amor.

¿Te acuerdas de esa noche de encanto y alegría?
La luna desde el cielo su plata diluía
sobre las hojas tristes en pálido fulgor;
en el jardín sonaban, entre las dulces risas
de la infantil caterva, el salmo de las brisas
y los llorosos ritmos de un viejo surtidor.

La dicha, en ese instante de extrañas emociones,
fundía en uno el ritmo de nuestros corazones
en que el ensueño abría sus mirajes de azul!
Los niños nos decían, risueños y habladores:
juguemos a los novios, cual juegan los mayores;
Maruja hará de novia, y el novio serás tú.

Y mientras se alegraban de cantos los jardines
teja con las rosas, azahares y jazmines,
que me daban los niños, tu corona nupcial.
Fue grande mi ventura, cuando al ceñir tu frente,
mirándome a los ojos, feliz y sonriente,
me tendiste tu mano con gesto señorial...

Qué casta tu belleza! Con infantil recelo
tus crenchas de oro ornaste con vaporoso velo,
más que los lirios blanco, más blanco que el azahar;
y todos te miraron en un claro de luna,
y todos te admiraron, pues parecías una
magnolia que se abría bajo el amor lunar.

Cabe un altar que tuvo frescura de corolas,
con nieve de azucenas y sangre de amapolas,
pusiéronse los niños, como en guardia triunfal.
El rapaz más travieso que oficiaba de Cura,
uniendo nuestras manos, ansiosas de ternura,
nos dió con toda pompa la bendición nupcial.

Llegó el solemne instante, mi bella prometida!
Tu Sí lo pronunciaste con timidez fingida,
y ante el concurso atónito, jugando te besé...
En hurras estallaron los niños, y envidioso
alguno de ellos quiso también hacer de esposo;
fue mi primer tristeza: me acuerdo que lloré...

Qué bellas esas horas! Los niños más traviosos
por tener mi ventura colmáronte de besos,
y te aclamaron reina del florido jardín...
Cantaba epitalamios la fuente entre la umbria...
Y astro de aquella noche, te ocultaste, Maria,
con mi ilusoria LUNA DE MIEL en el confín...

CALIZ DE AMOR

—Ya tienes una cana— me dijo entristecida,
hundiendo en mis cabellos sus manos con dulzura.
—Por qué nublan tus ojos esa expresión dolida
y tiembla entre tus labios un dejo de amargura?

—¿Acaso no te adoro así como es tu anhelo,
acaso en mis pupilas tu imagen no se mira?
¿No dices que mis besos son tu mejor consuelo
y que yo soy la musa que tus versos inspira?—

Calló... Y ante el silencio que guardaba inclemente,
besó esa primer cana, apasionadamente,
pagando con ternuras mis injustos agravios.

Y mientras con sus manos mi frente acariciaba,
miré que de sus ojos negros se deslizaba
una lágrima ardiente que apuraron mis labios...

CLARO DE LUNA

Jugando con los rizos de tu melena bruna,
tus ojos me miraron indiferentemente;
y mientras sollozaba su elegía la fuente
se morían mis rosas en un claro de luna...

Nada te dije, nada... y en mis labios había
todo un florecimiento de palabras de amor...
Habló el hondo silencio de mi melancolía;
y, mientras tú reías, yo bendije al Dolor...

—Amargas realidades, contrastes de la vida,
que cada vez se ensaña más y más en la herida
que escondida llevamos dentro del corazón—

Continuaste jugando con tu melena bruna,
y cuando de tu lado me separé, la luna
besaba el deshojado rosal de mi ilusión...

MI VIEJA CRIADA

Ya está viejecita
mi vieja criada,
la que fue conmigo cariñosa madre
desde esa mañana en que se hizo
la noche en mi alma.

Después de diez años de ausencia
de Cuenca, mi valle natal y querido,
le escribí una carta muy larga,
una carta manchada de lágrimas
y llena de todos los dulces recuerdos
de mi pobre infancia.
Al ver esa carta,
mi vieja criada,
me cuentan que cada palabra leía
llorando, llorando...

En ella le dije
que su Niño Rico
estaba ya viejo, tan viejo como ella
por los desengaños y las amarguras;
le dije que en esos cabellos,
brillantes y negros,
que siempre rizaba
con tanto cuidado y cariño,
cuando iba con ella a la iglesia,

cuando iba con ella a visitas,
ya habian cabellos muy blancos,
iguales, iguales
a esos que aureolan su vieja cabeza.

Le dije, que aún en el cofre secreto,
que guarda reliquias de tiempos pasados,
conservo, con culto y cariño,
su viejo rosario de cuentas de nácar,
un libro de misa que fue de mi abuela
—de su Niña Grande—,
un blanco Detente que puso en mi pecho
cuando era chiquillo,
y un rizo castaño de mi madrecita...

Le dije, que ya en mis mejillas
no había ese vivo color sonrosado
que tuvo mi madre;
que estaba muy pálido,
que estaba muy triste,
que ya no reía,
que ya no jugaba,
que sólo lloraba,
que sólo vivía...

Y al fin de la carta,
temblando de penas y presentimientos,
le dije a mi vieja criada,
que nunca le espere a su Niño Ricardo,
que hay algo que impulsa sus pasos
más lejos, más lejos
del valle natal y querido...

Y junto a un pequeño retrato
le envié, entre otras cosas,
un rizo brillante de jóvenes canas

a que lo guardara con el rizo negro
que, aquella mañana de mi despedida,
al darme el abrazo postrero,
me pidió llorando...

Pobrecita mi vieja criada,
la que hizo conmigo de madre,
qué pena tendrá cuando un día
le digan que ha muerto su niño Ricardo...